



זֶה אֵהְיֶה תוֹרֵךְ כִּי הוּא

EL MÉDICO DE

# *Sefarad*

CÉSAR VIDAL

A mediados del siglo XII, el Mediterráneo constituía un mundo en tensión permanente: en Oriente, Saladino se preparaba para asaltar Jerusalén, y en Occidente los invasores almohades imponían su dominio en Al-Andalus. Justamente en esas tierras, en la ciudad de Córdoba, nació en el seno de una familia judía Moisés ben Maimón, médico y filósofo, conocido también como Maimónides. Fueron tiempos difíciles que obligaron a su padre, un respetado rabino, a emprender con su familia la ruta del exilio tras verse forzado a apostatar de su fe.

Mientras seguimos a Moisés a través de los zocos y las escuelas de medicina, de las sinagogas y de los palacios, de los puertos y las ciudades de Al-Andalus, Marruecos, Tierra Santa y Egipto, se nos revela un cosmos de belleza, lucha y contrastes, donde sus habitantes, víctimas de los tiempos convulsos que les ha tocado vivir, anhelan conocer la sabiduría, encontrar el amor y descubrir el sentido último de la existencia.

*El médico de Sefarad*, un nuevo logro de César Vidal, es una apasionante novela histórica en la que se reflejan con detalle la ciencia, la vida cotidiana, la religión y la filosofía de la España medieval, la amada Sefarad que Maimónides tuvo que dejara con sus recuerdos de infancia y su primer amor. Pero, por encima de todo, es un canto a la lucha por sobrevivir y mantener la libertad.

*A aquella que vendó mi alma y estuvo a mi lado  
cuando mi cuerpo necesitó la intervención de mé-  
dicos*

## PRIMERA PARTE

### EL LIBRO DE SEFARAD

## 1

## FOSTAT, EGIPTO

Ante mis ojos la puerta de la vida se abría dilatada y rojiza. En apariencia se reducía a una abertura asimétrica y llena de pliegues, cuyos rebordes aparecían hinchados y relucientes a causa del sudor. Sin embargo, a pesar de que en aquella situación no había nada en la oquedad que pudiera resultar atractivo, lo cierto es que se hallaba a punto de producirse el milagro que, vez tras vez, ha permitido que nuestra especie se perpetúe desde que Adonai creó a Adán y Eva, nuestros primeros padres.

Con un susurro ronco y apenas audible, la comadrona me informó que la parturienta llevaba dilatando desde hacía varias horas. Hubiera deseado protestar y decirle que me parecía una falta de responsabilidad que hubieran tardado tanto en avisarme. Si no lo hice fue porque la agotada parturienta tenía la condición de primeriza y cualquier palabra procedente de mis labios que indicara un contra-tiempo contribuiría únicamente a acentuar su más que visible temor.

Sara, como me comunicaron que se llamaba, era una mujer muy joven. Calculé que no tendría más de quince años, lo que indicaba que habría contraído matrimonio en torno a los catorce. Para aquellos que procedemos de la tierra de Sefarad se trata sin discusión de una edad demasiado temprana para vincularse de por vida a un varón y

proporcionarle la esperada descendencia. Sin embargo, aquí, en el continente donde nunca hace frío —al menos eso insisten en decir— implica más bien que la unión se ha consumado incluso con cierta tardanza. Tampoco debería resultarnos tan extraña esa manera de ver las cosas. A fin de cuentas, Mahoma, al que los árabes consideran un *naví* enviado por Adonai, se casó con una niña de nueve años a la que no tardó en desflorar. Alegan en su defensa que si la criatura era capaz de concebir, también podía de sobra casarse. Sin embargo, piénsese lo que se piense de los matrimonios tempranos, la verdad es que aquella muchacha que yacía ante mí no tenía el cuerpo totalmente formado para soportar un embarazo y un parto.

Sin apartar apenas la mirada de su vulva, comencé a lavarme las manos de la manera más rigurosa posible. Sé que muchos médicos no lo consideran necesario, pero lo menos que puede pedirse a alguien que pretende tener la facultad de curarnos es que siquiera nos toque con unos dedos que no estén inficionados por la mugre. Luego, cuando estuve seguro de la limpieza, me acerqué al tembloroso cuerpecillo y examiné más de cerca aquella palpitante vía a la existencia. Sí, tenía la suficiente experiencia como para saber que algo estaba complicándose, que la criatura se había atascado precisamente cuando más tenía que luchar para salir a este mundo y que a menos que colaboráramos todos aquella misma noche daríamos sepultura a un feto extraído quizá sin vida del seno de su inexperta madre.

Me limité a hacer una seña con la mirada que la avezada comadrona entendió a la perfección. La vieja Raquel y yo nos conocemos hace tiempo y, a diferencia de otras compañeras suyas, comprende que no soy un competidor desleal en la delicada actividad que le permite ganarse la vida, sino un recurso indispensable en aquellos casos que ella no sabría solventar por la innegable dificultad que llevan aneja.

Con movimientos rápidos y resueltos —¿cómo podría ser de otra manera si casi toda la comunidad judía de Fostat ha nacido gracias a sus buenos servicios?— ayudó a incorporarse a la dolorida Sara. Al ver cómo gemía mientras los negros rizos se le adherían a la frente formando grumos con el sudor, y los hinchados y redondos senos se pegaban contra aquel vientre moreno y abultado, sentí que una oleada de profunda compasión pero también de innegable gratitud me inundaba el pecho. ¿Quién puede afirmar con certeza que el castigo que recibieron Adán y Eva por el pecado resultó similar? Ciertamente, los hombres tenemos que luchar contra una tierra sembrada de espinas y abrojos y arrancar el pan con el sudor de nuestra frente, pero ¿cuántos no hemos tenido jamás que inclinar nuestra cerviz sobre el surco y hemos podido alimentarnos a nosotros y a nuestras familias recurriendo a otros medios? Pocos quizá pero, por lo menos, nos contamos por docenas en cualquier población. Sin embargo, estas mujeres padecen siempre —aunque se trate de la misma hija del sultán de Egipto— los agudos dolores del parto. ¿Por qué es así? Reconozco que, al igual que para tantas otras cuestiones, carezco de respuesta.

Raquel había colocado ya a la muchacha en cuclillas y la instaba a empujar con órdenes breves pero terminantes. La sudorosa parturienta se mordió los resecos labios en un intento de no chillar. Se trataba de una inconfesada muestra de pudor que no pocas mujeres se empeñan en tener casi como si se avergonzaran de manifestar unos dolores más que naturales, en realidad, los más naturales que puedan sentirse en este mundo que existe bajo el sol. Como tantas otras —¿acaso podría ser de otra manera en alguien tan joven?— terminó lanzando un par de gritos mal reprimidos que parecieron unirse en otro más largo, profundo y prolongado.

—Lo estás haciendo muy bien —le dije con la mayor amabilidad que pude—. Sólo tienes que aprovechar la res-

piración y las contracciones. Empuja al mismo tiempo.

Por un instante, el rostro congestionado de Sara pareció presa de un profundo desconcierto, luego, de manera repentina, como si en su interior se hubiera encendido una luz milenariamente albergada en el corazón femenino, sus facciones, finas y delicadas, se iluminaron. Incluso llegó a esbozar una sonrisa que se vio con rapidez borrada por un dolor agudo e imposible de controlar.

Le pasé un paño blanco y limpio por la húmeda frente para enjugarle el copioso sudor y le sonreí. Sé de sobra que ninguno de los dos gestos vale para nada salvo para que la que da a luz se sienta menos sola. Únicamente menos, porque sola es como, sin lugar a dudas, se encuentra frente al misterio de la vida por numerosa que pueda resultar la gente que la rodee.

Mientras la enérgica partera intentaba mantenerla erguida lo indispensable, Sara había colocado ya los pies desnudos sobre los ásperos ladrillos del parto adoptando una posición similar a la de aquel que está a punto de comenzar a defecar. Me consta que hay mujeres a las que obligan a dar a luz tendidas sobre un lecho y que incluso les ordenan subir las piernas abiertas en un intento de que paran mejor. Lo siento por esas infelices, pero lo cierto es que, en lugar de facilitarles la labor, los que así actúan sólo están colocando barreras entre la criatura y el mundo exterior. Lamentablemente, como en tantas otras situaciones, la costumbre acaba pesando más que la observación tranquila y sensata de lo que es más conveniente.

Intercambié una mirada con Raquel. Una sombra de alarma se había posado sobre su rostro enrojecido y exhausto. La criatura seguía sin dar señales de salir. Hubiera podido pensarse que se aferraba al interior del claustro materno con las uñas.

—Avisa a las mujeres de la familia —dije resignado a enfrentarme con un coro de voces de sorpresa, condolencia y alarma que, lo confieso, me cuesta mucho soportar.



Sustituí a Raquel en la misión cansada pero imprescindible de sostener a la parturienta por las rezumantes axilas. Apenas fue un instante porque inmediatamente entraron tres mujeres para ayudarla. Con un codazo desconsiderado, la suegra y la madre me apartaron de la muchacha y la sujetaron. Mientras, una tía comenzó a decirle estupideces sobre lo que tenía que hacer... tal y como ella había hecho cuando parió a su hijo Yosef. Las mandé callar sin ningún género de contemplaciones. No podía permitirme perder los nervios en un momento así y aquella bandada de gallinas cluecas lo iban a conseguir en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras me percataba de sus miradas, más que ofendidas, resentidas, lancé una nueva señal a Raquel, que se inclinó sobre el vientre de la muchacha y comenzó a empujarlo hacia abajo. La parturienta se esforzaba pero era obvio que el dolor lacerante que sentía era más del que podía soportar con un mínimo grado de serenidad. Como si la estuvieran abriendo en canal, como si la desgarraran de arriba abajo igual que si fuera un animal, comenzó a emitir unos gritos indescriptibles como indescriptible es cualquier dolor de los que afectan a las personas.

Me incliné a mirar a su puerta de la vida en busca de algún indicio —cabello o cráneo mondo— de que la criatura estaba a punto de salir. Lo que descubrí me cortó la respiración. Sí, ciertamente, sobresalía algo pero era un pedazo de pie. Aquella criatura venía a este mundo al revés. En apenas un instante me pasó por el corazón lo que podía ser la existencia futura de aquel nuevo ser. La experiencia me decía que bastaría que el alumbramiento se retrasara un poco más para que la inteligencia se fuera borrando del que iba a nacer. Sí, yo sabía que en el momento del parto, cuando una parte de la criatura emerge, el entendimiento es como el agua depositada en una cesta. Se pierde sin que nadie pueda evitarlo. Si resulta rápido, es más que posible que el recién nacido sea inteligente, por lo menos lo indispensable, pero si se atrasa, si el cordón umbilical se

atasca, aquel caudal comienza a disiparse y no pasan muchos años antes de que resulte evidente que el nuevo nacido es un imbécil desprovisto de la perspicacia más elemental. Eso suele ser, lamentablemente, sólo el inicio de las desgracias. A continuación vienen años de agonía en que los padres se atormentan pensando en cuál será el destino del infeliz cuando ellos envejeczan y mueran; en que las hermanas contemplan con espanto la perspectiva de quedarse solteras y atendiendo a aquel engendro indeseado y en que los hermanos sudan pensando que pocos padres estarán dispuestos a entregarles a su hija para formar una familia si la perspectiva era atender al monstruo. Por lo que se refiere a éste, yo sabía de sobra que pueden no entender pero que sufren y padecen al menos tanto como un ser normal. En realidad más, porque apenas pueden defenderse de las burlas de los otros niños, de las risitas de las mujeres y de los golpes de los adultos. Todo aquello pasó por mi corazón y sentí como si una mano fría de metal me retorciera las entrañas. Moisés ben Maimón, el médico, el rabino, tenía otra vez en sus manos la posibilidad de salvar una vida o de contemplar cómo se destruía. Se trataba de un tributo pesado por ejercer una disciplina que, en realidad, sólo pretende ayudar a Adonai en su tarea de derramar bien en un mundo contaminado por el mal.

Palpando más que viendo, eché mano del miembro que emergía apenas por la puerta de la vida.

—Bien, Sara —dije esbozando una sonrisa que pretendía tranquilizarla—. Cuando yo te diga, empujarás. Sé que te duele pero tu hijo es ahora lo más importante. ¿Me has entendido?

Claro que me había entendido y asintió con la cabeza para demostrármelo. Coloqué entonces las manos a ambos lados de la vulva y esperé a sentir el acompasado latido que indicaba el momento oportuno. Mientras tanto, en lo más profundo de mi corazón, elevé una plegaria a Adonai a la espera de que aquella criatura no tuviera que esperar.

Como si me hubiera escuchado Aquel que mantiene en pie las montañas y los continentes y sostiene con el aliento de su poder los astros en el firmamento, sentí de manera casi instantánea el aviso.

—¡Ahora! —le dije a Sara con una voz que se hallaba a mitad de camino entre el estímulo y la orden.

La muchacha obedeció y pude asir casi por completo aquel pedazo blando de carne tibia que había comenzado a sobresalir. No era mucho pero sí se trataba de un comienzo.

—¡Respira! ¡Respira hondo! —le dije procurando que no se sintiera nerviosa—. ¡Ahora!

Esta vez pude atrapar a aquel ser que pugnaba por vivir a un par de dedos por encima del tobillo. De manera despiadada pero indispensable, intenté forzar la entrada de aquella puerta que se resistía. Sentí entonces un chorro de líquido caliente y espeso que se me escurría por entre las manos pero, sobre todo, logré palpar algo más de aquel cuerpecillo húmedo y cálido. Me aferré a aquella carnicita como si fuera un náufrago agarrándose a una tabla de salvación en medio de las encrespadas olas del negro océano. La así y tiré de ella.

—¡Ahora! —volví a ordenar casi sorprendido por la rapidez con que se estaban produciendo las contracciones.

Sara me obedeció pero volvió a orlar su doloroso esfuerzo con una guirnalda de gritos jadeantes. Sus parientes comenzaron a expresar sus condolencias, pero yo no estaba dispuesto a permitirlo.

—Si no os calláis, os echaré de aquí a patadas —dije con voz destemplada, y, espantadas, las tres mujeres cerraron la boca.

—¡Ya! ¡Ya! —volví a decir ocultando apenas la ansiedad que me invadía.

Esta vez así completamente las piernas del no nato y tiré de ellas. Debía hacerlo con el cuidado suficiente como

para sacarlo y con la delicadeza indispensable como para no romperle la clavícula o un bracito.

Sin hacer caso de los gritos, casi aullidos, de Sara, hundí más los dedos en su dilatada puerta de la vida en un esfuerzo por abrirla lo suficiente como para que pudiera salir el resto de la criatura.

—¡Ya! —volví a ordenar mientras el líquido caliente que acompaña la llegada de una nueva vida seguía resbalando por mis brazos hasta formar pocillos en el reverso de los codos.

Logré salvar las manos, los brazos, el pecho y... y la cabeza, ¿por qué no salía la cabeza? Sin ninguna consideración, tiré de la vulva hacia arriba como si deseara que emergiera su naricilla y aspirara golosamente el aire. Entonces, apareció. Daba la sensación de que aquel rostro estaba envuelto por un paño que suavizaba el tono rojizo y congestionado de su piel recién surgida del claustro materno. Con cuidado, lo tomé entre los brazos y esperé a que Raquel ayudara a tenderse a Sara.

Fueron apenas unos instantes, justo los que necesitó Raquel para cortar el cordón umbilical. Entonces, con una destreza envidiable, la comadrona me alargó al niño. Lo cogí con fuerza de los pies y, volviéndolo cabeza abajo, le propiné un sonoro y contundente azote en las nalgas. Lloró, como era de esperar, pero ese llanto, primero, confirmó la impresión que había recibido nada más verlo. A pesar de todo lo que había costado que viniera a este mundo, daba la sensación de ser una criatura sana. Si a esa salud iba unida la inteligencia mínima era algo que sólo conseguiríamos saber con el paso del tiempo.

Con cuidado, pero sin mimos, coloqué a la frágil criatura sobre el pecho húmedo de su madre. El recién llegado necesitaba consuelo apenas había asomado la cabeza por este mundo y en nadie podría encontrarlo mejor en esos momentos que en la que le había dado el ser. Mientras me lavaba concienzudamente las manos empapadas de los flui-

dos del parto, observé a Sara. Cualquiera que no supiera lo que había sucedido entre aquellas cuatro paredes habría pensado que, de cintura para abajo, la había destrozado un monstruo semejante en fuerza y maldad a Leviatán. Era como si sus piernas sucias de sangre y agua, como si sus pies doloridos de tanto clavarse en los ladrillos, hubieran quedado paralizados mientras su vagina se había visto reducida a la condición de mero despojo sin capacidad para provocar el deseo para el que se supone que fue creada.

A pesar de todo, me pareció que de ella irradiaba una belleza especial, indescriptible, tan primaria y hermosa como la amarilla y luminosa salida del sol o la negra esbeltez de las palmeras. Al verla rodeada por las mujeres de su familia que parlanchineaban sin cesar obstaculizando el trabajo de Raquel, sentí la tentación de espantarlas como si fueran una bandada de cuervos ansiosos de realizar estragos en un sembrado de trigo. Me contuve porque había llegado su hora pero no estaba dispuesto a permitir que se excedieran.

—¿Es que nadie va a traer un caldo de gallina a esta mujer?

Mi pregunta, dicha con el tono más bronco que pude fingir, tuvo el efecto poderoso de un ensalmo. De repente, aquella turba femenina comenzó a mover los brazos como si fueran alones que pretendieran volar y se movilizó para atender la orden.

—No hay nada que alimente tanto a una recién parida como el caldo de gallina —sentenció la madre de Sara.

En realidad, se equivocaba. El dichoso líquido apenas alimenta porque se limita a mezclar en un solo elemento agua con grasa pero no me importaba que sus creencias fueran erróneas si, al fin y a la postre, se lo proporcionaban. Porque dárselo a beber... sí, es bueno pero por otras razones. Aunque estas comadres lo ignoraran, el bebedizo surgido de las carnes del animal contendría la fiebre que pudiera azotar a esta mujer. Lo sé porque he podido compro-

bar su eficacia en guerreros heridos en el campo de batalla, soldados que presentaban un aspecto tan lastimoso como el de Sara pero con una diferencia, la de que ellos habían parido la muerte y no una nueva vida.

La muerte... su recuerdo repentino me obligó a concluir apresuradamente mis abluciones y a secarme deprisa y corriendo. Recordaba que también me estaba esperando y que no podía desatenderla. Transmití algunas órdenes a la comadrona, felicité lo más rápidamente que pude al padre que esperaba al lado de la estancia —se trataba de un hijo varón, de manera que lo celebraría con todo el boato que pudiera— y me encaminé con toda la celeridad que me permitían los pies hacia la sinagoga.

Llegué justo a tiempo. Llevaba la cabeza cubierta y no tuve que dar ningún otro paso antes de dirigirme a Adonai. Cerré los ojos para sumirme en la mayor concentración posible y, de manera inmediata, mis labios comenzaron a recitar el *qadish*: «*Yitgadal ve yitqadash shemet Rabo be alma di bero jiruteh...*». Sí, exaltado y santificado sea el nombre de Dios en el mundo que creó de acuerdo con su voluntad... Así, continué entonando el *qadish* hasta concluirlo. Y así iba a hacerlo hasta que se cumpliera el año de la muerte de aquel ser querido por el que había prometido orar.

Mientras me dirigía hacia la salida de la sinagoga, reflexioné sobre lo cerca que se encuentran en nuestra existencia la vida y la muerte. Casi sin pausa, separadas apenas por unas callejuelas de esta población de Fostat, acababa de ayudar a nacer al primogénito de una familia judía y recordaba al hijo malogrado de otra. Aunque, a fin de cuentas, quizá no resultara tan extraño. Todos los días, a todas horas, hay niños que llegan a este mundo y personas que exhalan su último aliento.

Sumido en estos pensamientos, me encaminé hacia la casa que ocupo desde hace unos meses, aquella en la que lo mismo como y duermo que recibo las visitas de los que se sienten enfermos de cuerpo o de espíritu. El sol, hirien-

temente cálido durante el día, comenzaba a descender perezoso y rojizo en dirección a la línea malva donde se besan el cielo y la tierra. Pensé que, de haber soplado la brisa que a veces proyecta el mar que lame las costas de Egipto, el atardecer hubiera resultado perfecto. Sin embargo, no corría una brizna de aire y daba la sensación de que un espeso sudario de calor iba cayendo sobre la ciudad para cubrirla durante el sueño letal de la noche. Sin duda, Fostat es la población más sofocante de aquellas en las que habían tenido que descansar mis cada vez más fatigados huesos. No contaba con la presencia de los azulados céfiros de Fez ni con los fragantes aires de Jerusalén ni con los embalsamados perfumes de Sefarad.

No pude evitar sentir un escalofrío al percibir cómo el recuerdo de Sefarad subía desde mi corazón hasta mi garganta. Por un instante, el color azulado de su cielo terso y luminoso, el aroma desconcertante y embriagador de los bulliciosos *suqs*, la gracia casi felina de sus mujeres, la benignidad envidiable de su clima se fundieron en un torbellino de sensaciones que me arrancó las lágrimas de los ojos. Fue el salmista el que escribió que si olvidaba Jerusalén preferiría que su alma muriera, que su paladar se secara como una teja, que su mano se viera dominada por la parálisis. Sin embargo, yo aceptaría todo eso de buen grado si a cambio pudiera volver a contemplar esa tierra que los dominadores musulmanes denominan Al-Andalus, que los seguidores de Jesús de Nazaret llaman Hispania y a la que nosotros, los hijos de Israel, dimos, siglos antes de que existieran musulmanes y nasraníes, el nombre de Sefarad.